

HITCHCOCK

Los Errores Mortales



Puede que hubiera contratado espías y sembrado todo el lugar de micrófonos ocultos. Todo era posible porque la duda estaba en él y porque los celos le debieron atormentar hasta llegar a ser molesto.

Seguro que había descubierto aquéllas miradas furtivas, aquellos pequeños roces llenos de sugerencias, aquellos cadenciosos gestos llenos de ardor. Por ello se lo quitaron de enmedio, sospechó la policía.

La hipótesis del caso señalaba como móvil principal un deseo irrefrenable de hacer callar los celos, una avaricia desmedida ante la herencia afortunada. El crimen estaba justificado.

Incluso Kitty lo llegó a sospechar ante su desaparición, mientras Lewis se enfrentaba a una acusación directa.

Estas y otras historias fascinaron al gran maestro del suspense que hizo una excelente selección llena de implacables resultados para el lector que irá encontrando un reto tras otro en cada página.

INTRODUCCIÓN DE ALFRED HITCHCOCK^[1]

Hace algunos días, dispuse de un rato libre, y me decidí a resolver los problemas más acuciantes de la nación. Las respuestas surgieron en mí con tanta rapidez y facilidad que he estado pensando si los políticos que han dado vueltas a esos problemas durante años lo han intentado realmente. Sospecho que, en vez de eso, han dedicado la mayor parte de su tiempo y energías a su problema personal más apremiante: conseguir ser reelegidos.

He aquí los problemas:

En primer lugar tenemos el del transporte. La gente va en auto en vez de ir en tren, con el resultado de que las carreteras se hallan abarrotadas y el aire contaminado. La explicación, naturalmente, reside en que los autos son mucho más convenientes que los trenes. El vehículo familiar se encuentra tan sólo a la distancia que media entre el hogar y el lugar de aparcamiento. En cambio, la estación del tren siempre está al otro lado de la ciudad. Además, los trenes llegan y salen según su propio programa, que pocas veces coincide con el del posible usuario.

La solución no consiste, por supuesto, en mejorar el transporte público, como algunos proponen, sino en empeorar el transporte privado, es decir, obligar a la gente a utilizar los trenes por pura desesperación. Dejemos que los fabricantes de automóviles fabriquen un coche garantizado

para estropearse en la carretera, a mediodía, entre San José y San Luis obispo, y se habrá dado un paso gigantesco. A partir de ahí, no será difícil fabricar un automóvil que incluya un incansable pasajero dispensador de continuos consejos. Ya veréis entonces cómo el negocio de los ferrocarriles se recobra.

En cuanto al problema de la basura, he decidido que, en esencia es una cuestión de actitud. Desde la infancia se nos ha condicionado para creer que «recoger» es «bueno» y que «esparcir» es «malo». Era debido a la ética puritana, como tantas veces. Pero, fijaos, ¿no fue el sexo calificado de «malo» en otro tiempo! Hoy, naturalmente, nos hemos dado cuenta de que es una de las actividades más sanas — es decir, «buena» — a la que podemos dedicarnos. Se enseña en la escuela, tengo entendido, junto con las matemáticas, la historia y cómo robar la segunda base.

Estoy seguro de que, con un poco de promoción, la basura llegaría a gozar igualmente de buena reputación. Comencemos con la propaganda comercial televisiva. Añadamos una línea al final de los anuncios de desodorante, diciendo: Cuando el cubo esté lleno, esparcid un poco para vuestro país, arrojándolo por la ventana del cuarto de baño. El cubo, naturalmente, no el país. Es posible que alguien escriba una carta de protesta. Pero cuando una buena campaña entra en funcionamiento, los obstruccionistas pronto se hacen callar.

Las ventajas de esparcir basura son tan numerosas que resultan incontables. Los botes de hojalata, por ejemplo, no han de segarse, como ocurre con la hierba. Los envoltorios de caramelos aportan colorido y llevan impresos pequeños mensajes, breves pero fascinantes («Imitación sabor»). Por contraste, el césped y la mayoría de las plantas ornamentales son de un verde monótono. ¿Y hay alguien que haya aprendido algo leyendo una mata de pachysandra? Y así podría continuar con otros ejemplos, y no terminaría nunca.

En tercer lugar, está la pobreza. La solución, creo yo, no consiste en redistribuir la riqueza, tomando del rico y dándole al pobre. El rico se molestaría mucho, y hemos de intentar por lo menos ser amables. La respuesta está en redistribuir los pobres, sacándolos de sus barrios de barracas y colocándolos con los ricos. Automáticamente, se convierten en miembros de la familia. Y la familia siempre se las arregla de alguna manera para proveer a sus parientes pobres.

No veo ninguna dificultad en convencer a los ricos de que acepten en casa a los menos afortunados, puesto que, tal como está hecho mi programa, cada persona pobre adoptada en la familia rica será deducible en la declaración de la renta.

Hoy en día las deducciones son tan populares entre los ricos como lo eran antaño los alfileres de corbata con diamante y los vagones privados de ferrocarril. Yo predigo que cuando el pobre venga a representar una deducción en los impuestos, la demanda de pobres producirá una grave escasez. Tendrán que ser importados. El suministro mundial, no obstante, creo que es lo suficiente abundante para mantener en funcionamiento el programa durante muchos años.

Por último, y no por ello el menor, el problema de la desnudez en las películas. Siendo yo un agudo observador, he notado que las jóvenes damas que aparecen en cueros son siempre atractivas. La respuesta, como es lógico, es sustituirlas por mujeres brutalmente gordas, totalmente calvas y con complexiones antiestéticas. Pronto descubriremos, apuesto lo que quieran, que somos una nación mucho más «moral» de lo que creíamos, indiferente a la desnudez en la pantalla.

Ahora que todos los problemas están solucionados, podemos retornar, muy felices, a hacer aquello para lo que hemos sido puestos en la Tierra: arrellanarnos en una cómoda butaca en una habitación poco iluminada, con una

buena historia escalofriante de misterio. Yo también he proporcionado los medios para eso, como pronto descubrirá usted a medida que siga leyendo.

¿DÓNDE ESTÁ MILO?

Fletcher Flora

Era temprano. Faltaban diez minutos para la una. Kitty llegaría tarde. Así que fui al bar, pedí un *gin-tonic*, cambié un dólar en monedas de cinco centavos y me encaminé hacia la pequeña habitación en donde tienen las máquinas tragaperras. Mientras tomaba mi bebida, eché las monedas en una máquina. Tuve suerte con la última jugada y gané otras dieciocho gracias a tres naranjas en línea. Volví al bar y eché un vistazo a mi alrededor pero Kitty seguía sin aparecer. De modo que cogí otro *gin-tonic* y regresé a la pequeña habitación, en donde perdí las dieciocho monedas de a cinco centavos que acababa de ganar. Entretanto, Kitty había llegado; aunque tarde, como de costumbre. Oyó el girar del tambor en la tragaperras y entró en la pequeña cámara para indagar.

—¡Vaya, estás aquí! —dijo.

—Nada más cierto —contesté—. Aquí estoy.

—¿Ganaste? —inquirió ella.

—No. Perdí un dólar y noventa centavos.

—Eso sí que está mal.

—No tan mal. Gané los noventa centavos jugándome el dólar.

—Entonces está bien. En realidad, has perdido sólo una moneda de diez centavos.

—Una forma muy consoladora de verlo.

Kitty llevaba una camisa blanca de algodón metida dentro de unos *shorts* de mahón blanco. El enmarañado cabello color castaño oscuro cortado muy corto, le nacía en la nuca formando lo que se llamaría pico de viuda pero invertido. Tenía los ojos castaños salpicados de verde, semejantes, por su tamaño y forma, a las semillas del aguacate. Era menuda; con una figura perfecta, esbelta, y unas increíbles piernas bronceadas. Después de una comida copiosa, pesaría, con toda probabilidad, unos cuarenta y tres kilos. A pesar de todo, los tenía muy bien distribuidos. Eran los kilos más potentes que jamás se vieran juntos.

—¿Qué estás bebiendo? —preguntó ella—. Parece tónica con ginebra.

—Es que bebo eso, tónica con ginebra.

—Creo que también tomaré una.

—Es una bebida muy agradable —dije—; sobre todo en los días calurosos.

Como la puerta del pequeño recinto había quedado casi cerrada a sus espaldas, dejé el vaso sobre la máquina tragaperras, estreché a Kitty entre mis brazos, la besé a fondo y le di tres palmadas en el furgón de cola.

—Cariño —dijo ella—, no debes excitarte. Dadas las circunstancias, el resultado puede ser nulo.

—Nosotros somos muy buenos en eso —dije—. Los mejores en llegar a resultados nulos.

—¡Oh, yo no diría tanto! —replicó ella—. Según me parece recordar, ha habido varias veces en que hemos conseguido algo, de vez en cuando y en algunos sitios.

—«De vez en cuando» y «en algunos sitios» son términos inadecuados —objeté—. La palabra justa es frustrante. Lo que me propongo es algo previsible y viable —proclamé enfático.

—Cariño, eso es lo que me propongo yo. Por desgracia, Milo opina de otro modo.

—Milo puede irse al infierno.

—Bueno, ésa sería una solución aceptable, estoy segura. Pero no es tan fácil de conseguir como te imaginas. Milo se negará a cooperar, ni más ni menos, y como es mi marido, habrá que tener en cuenta sus deseos, tanto si nos gusta como si no.

—Milo es un cerdo —aseguré.

—Eso es incuestionable —convino ella—, un cerdo sin paliativos. Pero por lo menos tiene la virtud de ser un cerdo con la admirable habilidad de convertir un dólar en diez. Desde mi casamiento con Milo, me he habituado a disponer de cantidades nada desdeñables de dinero, y si sobreviniera el divorcio, sería muy grato ocupar una posición ventajosa para negociar una pensión desahogada.

—Yo mismo me declaro partidario de ese tipo de pensiones cuando tal cosa es factible —dije—. Sin embargo, en este caso particular, estoy absolutamente a favor del divorcio aunque tal cosa no sea posible.

—Lo mejor que podemos hacer —dijo ella— es irnos al bar y discutir el asunto con toda serenidad, por muy difícil que sea conservar la calma cuando se trata de Milo.

A decir verdad yo había perdido ya casi toda mi refrigeración, como dicen los muchachos de ahora, aunque la culpa, debo confesarlo, no fue toda de Milo *el Cerdo* sino más bien de Kitty, con sus ojos salpicados de verde, sus exiguos *shorts* blancos y sus piernas bronceadas e impecables. Así que le eché mano decidido a repetir la escena anterior e incluso mejorarla con ciertas improvisaciones a medida que se me fueran ocurriendo, pero ella retrocedió y puso ambas manos contra mi pecho como si quisiera dejar bien sentada una suspensión temporal de la propiedad.

—No, no, cariño —dijo—. Compórtate, por favor. Sabes muy bien que tengo tendencia a la temeridad cuando se me estimula más de la cuenta. Tal como está el asunto ahora, y a pesar de nuestra inocencia, las circunstancias nos inculparían ante cualquier mente recelosa. Si llegase alguien y nos encontrara aquí, pensaría, casi con seguridad absolu-

ta, que estábamos urdiendo algo, suponiendo que no lo hubiésemos hecho ya.

—Por lo que a mí se refiere —dije—, ese alguien acertaría en lo primero.

No obstante, para atajar la sospecha de las mentalidades recelosas regresamos al bar, aumentamos mi cuenta con dos *gin-tonics* y nos los llevamos hasta la mesa que había cerca de una de las ventanas que miraban a la terraza. Ésta daba a la piscina, la cual dominaba, a su vez, las ondulaciones suaves y recortadas del campo de golf que se perdían en lontananza entre *greens* color esmeralda. Varias criaturas, machos y hembras de dos a veinte años, chapoteaban en el agua azul brillante de la piscina, o yacían tendidos y casi desnudos a lo largo de los bordes dejándose tostar por un blanco sol abrasador. A lo lejos, en el campo, entre *greens* esmeralda, un cuarteto de jugadores arrastraban carritos cargados con palos. Tomé un sorbo de mi *gin- tonic*, que era el tercero ya, y Kitty tomó otro del suyo, que debía de ser el primero.

—Ahora —dije—, discutamos con calma sobre Milo.

—¿Estás seguro de poder hacerlo, cariño? Como ya sabes, el tratar de discutir sobre Milo con calma es una dura prueba que requiere unas cualidades de carácter muy especiales.

—Estoy trabajando con mi tercera copa, lo cual ayudará bastante. Una botella de ginebra puede procurarle a uno grandes dosis de carácter. En cualquier caso, yo no elegí a Milo voluntariamente como tema de debate. Me ha sido impuesto, por así decirlo. Reconocerás que tú eres la culpable de esta infortunada situación porque tuviste la pobre idea de casarte con él antes de que se te brindara la oportunidad de hacerlo conmigo.

—Bueno, no sacaremos nada en limpio echándome la culpa de todo. ¿Cómo me hubiera sido posible prever que vendría alguien mejor para sorberme el seso cuando se suponía que todo había quedado resuelto?

—Cualquier persona, creo yo, podría haber previsto que alguien mejor que Milo aparecería muy pronto.

—Debes ser justo, cariño. No hay duda de que Milo tiene deplorables deficiencias en ciertas cualidades esenciales pero, sin embargo, está sorprendentemente bien dotado respecto a otras, reconócelo.

—Lo sé. Ese hombre tiene una envidiable habilidad para convertir un dólar en diez.

—Ahí lo tienes. Has puesto el dedo en la llaga.

—Mientras que yo, por el contrario, tengo la lamentable tendencia a convertir diez dólares en uno.

—No permitas que eso te cree un complejo de inferioridad o algo parecido, cariño. Tú superas a Milo en otros terrenos.

—Gracias. Es una vergüenza que sólo me sea posible evidenciar mi superioridad de vez en cuando y acá y acullá. Lo que nos trae, creo yo, al punto en cuestión. ¿Has hablado ya con Milo sobre el divorcio?

—Anoche mismo tuve una conversación muy seria con él. Le sugerí que nos pusiéramos de acuerdo para llegar a un arreglo satisfactorio y tramitáramos el divorcio de una forma amistosa, agradable, sin implicaciones sórdidas, ni escándalos ni cosas desagradables.

—¿Y qué dijo Milo?

—Se mostró muy amable al respecto. A decir verdad casi admiré su actitud. Pues eso fue una bofetada para él.

—¿Estuvo conforme?

—No exactamente. Bueno, de hecho, no. Como te digo, se mostró muy amable, no se enfadó, no adoptó una postura irrazonable ni nada por el estilo, mas él se figura, al parecer, que si llega a plantearse el divorcio, él tendrá que querellarse contra mí acusándome de infidelidad.

—Querrás decir de adulterio.

—Bueno, no sé si el viejo Milo sería tan específico como todo eso, a menos que haya contratado espías y empleado micrófonos ocultos o algo parecido. Y no me sorprendería

que lo hubiese hecho así, si quieres que te diga la verdad, el hacer esas sucias jugarretas es muy propio de Milo. Él es muy astuto, ya lo sabes, pero de una forma engañosa.

—¡Oh, vamos! Si él poseyera ese tipo de pruebas, presentaría una demanda contra ti con la celeridad de un rayo. ¡Maldita sea! ¿No tiene dignidad ese individuo?

—Ésa es tu forma de verlo, cariño. Para Milo, dignidad significa no reconocer en público sus deficiencias en privado.

—Eso puedo entenderlo, me imagino, pero podría apoyarse en otros motivos. Muchos hombres casados se divorcian sin necesidad de sacar a colación las leyes mosaicas. ¿Por qué no puede ser razonable al respecto?

—Eso es, precisamente, lo que él cree ser. Después de cavilar a conciencia sobre el problema, ha decidido que tú no eres más que una diversión pasajera. Basta con tener paciencia y esperar a que me canse de ti —explicó ella torciendo el gesto.

—¡Qué diablos! ¡Y yo le cruzaré su gordinflona boca con un látigo como una diversión pasajera!

—Procura bajar la voz, cariño. Además, tal vez te estés mostrando demasiado optimista. Milo es gordo y parece estúpido, pero también tiene ocho centímetros más que tú y pesa cuarenta kilos más; bien pudiera ser que si las cosas llegaran a ese extremo, hubiésemos de preguntarnos quién cruzará la boca a quién con un látigo.

—De hecho, creo que lo mejor sería que yo hablase con él y tratase de hacerle entrar en razón.

—No, eso sería inútil por completo y podría causar mucho daño. Si yo conozco a Milo como creo, sólo serviría para hacerle aún más obstinado que nunca.

—Quizás el viejo Milo no sea tan bueno como aparenta. Escarbando un poco en su pasado, tal vez yo pudiese encontrar algo que le hiciese ser algo más contemporizador con el compromiso.

—No seas absurdo, cariño. ¿Por qué un hombre habría de buscar algo inferior a lo que ya tiene en casa?

—¡Bueno! ¡A fe mía que eres una jovencita muy modesta!

—No emplees ese sarcasmo, cariño. No es elegante. De todas formas, aquí no se trata de una cuestión de modestia. En asuntos de esta clase, uno está obligado a mostrarse realista. Eso es todo.

—Está bien, seamos realistas. Milo no quiere divorciarse de ti. A ti no te interesa divorciarte de Milo. Y yo me quedo en medio, una víctima inocente del atolladero, ¿qué diablos se supone que debo hacer?

—Tú no eres más víctima que yo, cariño. De momento, lo que debemos hacer es darnos por satisfechos con el actual estado de cosas.

—«Acá y acullá» y «de vez en cuando», ¿no? Olvídalo. Además, he perdido algo de mi entusiasmo ahora que has mencionado la posibilidad de espías y micrófonos ocultos. No actúo muy bien ante un auditorio.

—Hombre prevenido vale por dos, querido. Lo único que haremos será proceder con cautela e inteligencia, hasta que las cosas se resuelvan.

—Por lo que a mí concierne, las cosas se han resuelto ya de la peor forma posible. «Acá y acullá» significa en ninguna parte, y «de vez en cuando» es jamás.

—¿Hablas en serio?

—Debes creerme.

—La verdad es que me resulta imposible. En mi opinión, parece improbable que encuentres a alguien tan satisfactorio como yo, por mucho que busques a tu alrededor.

—Cierto. Así me veré obligado, por mi propia conveniencia, a conformarme con algo inferior a lo mejor.

—No te lo creas, cariño. Ahora te sientes enojado e impaciente. Una vez te hayas ido, querrás volver. Espera y verás.

—Puede que lo vea, pero no pienso esperar.

Habiéndome comprometido así, quizá con excesivo apresuramiento, me puse en pie.

—No es necesario marcharse al instante —dijo ella—. Me he citado a las cinco con unos amigos para jugar al tenis, pero sólo son las cuatro y unos minutos.

—Tal vez no sea necesario —repliqué—, pero parece preferible. Adiós, Kitty. Mis felicitaciones a Milo.

—Me pregunto —dijo ella— si no querrías invitarme a otra tónica antes de irte.

La pedí y me marché. Como no había ningún otro lugar adonde pudiera ir, me encaminé hacia mi casa, una vieja cuadra conservada entre todas las cocheras del tiempo de los caballos. El bajo era todavía lo que había sido en origen, una cuadra, pero al propietario se le ocurrió hacerle un techo y montar un apartamento encima, el cual yo tenía alquilado ya que me venía muy bien: aislamiento y renta baja. Como novelista con un mercado bastante modesto, yo necesitaba ambas cosas. Subí las escaleras y entré en el apartamento. Me senté ante la máquina de escribir e intenté continuar la novela que ya había comenzado. Lo intenté durante dos horas y sólo conseguí dos líneas. Después de tacharlas me fui a la cocina y eché un vistazo al refrigerador. Como no tenía hambre, nada de lo que encontré me apeteció. Había una botella con ginebra, una quinta parte de ella, y me la bebí.

La ingestión del alcohol duró otras dos horas. Entonces, recordé que no había abierto el buzón de la correspondencia, así que bajé y miré dentro. Encontré una carta de mi agente y la llevé escaleras arriba. La abrí y, aunque me era imposible leerla con toda claridad a causa de la ginebra, parecía decir que mi agente había hecho una veta fantástica a cierta revista importante de una de mis historias al astronómico precio de tres mil dólares. Y tres mil dólares representaban un montón de dinero para un escritorcillo. Con tres mil dólares, menos la comisión, uno puede ir a alguna parte y hacer algo, o no hacer nada y practicar el ahorro

por una vez. No quise leer la carta de nuevo por temor a encontrar un texto distinto. Metí el mensaje dentro de su sobre y me tumbé en la cama. Estaba oscureciendo, la noche iba llegando. Kitty estaba en lo cierto. Hacía poco que me había marchado y ya deseaba volver. Mejor aún, deseé que ella acudiera a mi apartamento en el que ya había estado otras veces. Bien, ella conocía el camino, ¡maldita sea! Continué deseando y esperando, pero ella no vino. La ginebra tomó el mando, y me fui a dormir.

Me desperté hacia las diez y media de la mañana siguiente y me bebí una cantidad de café solo bien cargado equivalente a la ginebra ingerida la noche anterior. Luego, me afeité, duché y vestí; después, volví a la sala y me encaminé hacia la puerta porque alguien la estaba aporreando sin tregua. Imaginad quién estaba en el descansillo. No Kitty. Milo. El viejo Milo en persona.

—Hola, Lewis —dijo—. Tienes un aspecto endiablado.

—He estado enfermo —gruñí—. Me comí un lote de bayas de enebro en mal estado.

—¿Puedo entrar?

—Más te vale hacerlo antes de que me deje llevar por la tentación de echarte a patadas del descansillo.

Entró y tomó asiento en mi mejor butaca. Se colgó el sombrero de una rodilla. Su rolliza faz, por encima de una doble papada, expresó cierto enfado. Y como le gustaba llevar los cuellos demasiado apretados, sus facciones adquirieron un leve matiz escarlata. Tal vez hubiera contribuido a ello la penosa ascensión por las escaleras. Mi visitante jadeó un poco.

—Debo decir —masculló— que estás adoptando una postura bastante peregrina. Después de todo, me parece que yo soy quien debería sentir una animosidad justificada. No obstante, vengo dispuesto a ser indulgente.

—Muy noble —dije—. Eres un príncipe, Milo.

—Lo cual no significa que mi paciencia sea ilimitada. Debemos llegar a un entendimiento, Lewis, tú y yo. Hoy he